Hénadas

Revista internacional de pesimismo filosófico

Título original: THE PROBLEMS OF PHILOSOPHY AT THE PRESENT TIME
Autor: E. Von Hartmann
Fuente: The Journal of Speculative Philosophy , 1869, Vol. 3, No. 4 (1869), pp. 371-375
Publicado por: Penn State University Press

LOS PROBLEMAS DE LA FILOSOFÍA DEL PRESENTE

POR E. VON HARTMANN

Traducido del inglés por José Carlos Ibarra Cuchillo

[El siguiente artículo, enviado a esta revista por el Dr. Hartmann de Berlín, recoge un conjunto de opiniones que este profesor ofrece en diversos tratados, algunos publicados en la *Philosophische Monatshefte,* y otros en algunos libros: *Ueber die dialektische Methode,* y *Philosophie des Unbewussten.* Estamos preparando un breve artículo sobre este último libro, que aparecerá en esta revista de mano del Dr. Ernst Kapp de Düsseldorf, y que ofreceremos a los lectores en el próximo número.]

En el monismo de Spinoza y en la monadología de Leibniz, el idealismo y el realismo todavía no están diferenciados; no han sido separados ni posteriormente reorganizados en su antítesis por la consciencia. Si la filosofía anglo-francesa se centró en desarrollar el realismo, fueron los alemanes quienes se ocuparon del idealismo. En cualquier caso, para elevar al idealismo, que está más lejos del sentido común que el realismo, hasta un sistema completo, fueron necesarios tres pasos, (1) el idealismo subjetivo, (2) el idealismo objetivo, (3) el idealismo absoluto. Luego de que Kant hubiera sentado las bases del idealismo, Fichte erigió sobre estas su sistema del idealismo subjetivo; Schelling no sólo añadió el idealismo objetivo de la filosofía de la naturaleza, sino que afirmó que ambos (el subjetivo y el absoluto) eran los dos lados de un solo y completo idealismo o sistema de la razón pura (panlogismo), del que, por cierto, luego se ocuparía Hegel. Cuando el desarrollo del idealismo llegó a su punto álgido, se hizo patente la reacción contra todo realismo principalmente en Schopenhauer (1818). Sin embargo, Schopenhauer ignoró lo que para él era toda esa ininteligible filosofía fichteana y por consiguiente el necesario paso que debía tomar el idealismo subjetivo, y amalgamó la fórmula kantiana del idealismo subjetivo con el

materialismo francés e hizo del principio de la realidad que Hegel había negado, esto es, la Voluntad, el fulcro de su sistema. Tal y como dice: "La cosa en sí, la esencia inteligible del mundo, es la voluntad", la única cosa que por cierto también para Schelling era el fundamento de la realidad.

En este contexto Schelling realizó su famosa crítica del idealismo absoluto, que no fue sino un alegato en favor de una filosofía positiva. Schelling mostró que lo que el idealismo absoluto nos podía decir era: *si* algo es, debe ser de tal manera; pero no *que* sea de tal manera. Más aún, Schelling une la Idea Lógica de Hegel con la Voluntad de Schopenhauer en cuanto que principios coordinados, y extirpa, de una vez por todas, la posibilidad de un retorno al idealismo subjetivo señalando el error fundamental que anida en la *Crítica* de Kant, a saber: que da como válido el aserto de que el tiempo y el espacio son las formas de la intuición y sin embargo llega a la injustificable conclusión de que no pueden ser al mismo tiempo las formas a priori de la existencia. De este modo, el espacio y el tiempo vieron restaurado su rango como formas a priori del ser, y la realidad trascendental de la naturaleza y de la historia recuperaron sus derechos perdidos.

En oposición a este modo de filosofar, que se mueve siempre en la esfera del monismo, Herbart[357] viene entonces con su individualismo pluralista, y en este sentido está más relacionado con Schelling como Leibniz lo está con Spinoza. Rechaza el monismo porque en todas sus formas, hasta entonces, no había podido dar cuenta de la individualidad. Así considerado, aparece como el complemento al monismo que la historia requiere en su maduración. Es por tanto la tarea de cualquier sistema de filosofía actual imitar al postrero Schelling y hacer una unidad de los principios de Hegel y Schopenhauer, y asignar a la individualidad el lugar que se merece. También ha de poder conciliar de manera orgánica el pesimismo que se deriva de la voluntad ciega (Schopenhauer) con el optimismo (Hegel) que resulta de una filosofía de la idea racional. Por tanto, el material metafísico necesario para el desarrollo de un sistema filosófico en la época presente nos lo da esencialmente el mismo desarrollo histórico de la filosofía. La única cuestión que queda pendiente es: ¿Cuál debe ser este método?

Tenemos que elegir entre los métodos dialéctico, deductivo e inductivo. El método dialéctico (según Hegel) cancela en primer lugar el axioma de la

357 Johann Friedrich Herhbart (1776 – 1841) fue un filósofo, psicólogo y pedagogo alemán. Se mostró crítico con el idealismo fichteano. Mantuvo una posición realista y una vuelta a los orígenes kantianos. Propuso el concepto de *umbral mínimo,* que más tarde desarrollaría Gustav Fechner.

identidad, por el cual *A* es siempre *A* y no puede ser *no-A;* y afirma que *A* se sitúa en un flujo del que puede resultar ora *A* ora *no-A.* Con este principio desaparece todo suelo seguro para el pensamiento, toda vez que la medida no es menos fluida que la cosa que está siendo medida; por ejemplo, el flujo del término medio, el silogismo, que presupone la identidad del término medio a partir de las premisas mayor y menor, se vuelve incapaz. Además, la dialéctica hace de la contradicción algo que se halla en todas partes y necesariamente existiendo, algo que debe ser pensado en todas las cosas forzosamente, y de la identidad que surge de la contradicción la verdad. Con la cancelación del principio de contradicción, todo criterio formal de verdad se desvanece, así como toda posibilidad de una *reductio ad absurdum* y, en fin, de toda posibilidad dialógica. Una parte de la escuela hegeliana, eso sí, se esfuerza en evitar la cancelación del principio de contradicción, pero con ello hace del método dialéctico un método incapaz para rendir cuentas ante la vida.

El progreso dialéctico además es en tan escasa medida posible dando cuenta de la unidad de los opuestos como, según decimos, en la identidad de lo contradictorio; puesto que, aparte del hecho de que no todos los conceptos tienen contrarios opuestos, la unidad de dos contrarios opuestos no resultan en otra cosa que en el cero [se anulan] (por ejemplo, el rayo de luz del rojo y del verde, cuando se juntan, producen una luz incolora). Por tanto, el método dialéctico no puede, bajo ninguna circunstancia, llevarnos a nuevos resultados; con suerte, nos puede llevar a un cribado de ciertas perspectivas existentes –pero sólo tal y como la concibió Aristóteles. En cuanto al método deductivo, de nuevo, todo (según Aristóteles) se deduce salvo los principios. Los principios, de todas maneras, pueden sernos dados de tres formas: o bien como una certeza formal, en cuyo caso son inalcanzables a través del contenido material; o bien como una intuición mística –esta, no obstante, es algo individual, y no puede ser por consiguiente base para una ciencia objetiva; o finalmente por el método inductivo, en cuyo caso la deducción es superflua, por cuanto repetiría lo que ya se habría puesto por la inducción. Parece pues que el método inductivo en la única forma que nos queda que sea capaz de arrojar luz sobre las verdades materiales al tiempo que las sitúa en un marco científico. En los últimos tiempos debemos todo el progreso científico al método de inducción, y es lo único que puede conectar a la filosofía con los esfuerzos del tiempo presente. Más aún, en la cuestión de

la materia, ofrece la mejor oportunidad de reconciliación entre el empirismo y la filosofía especulativa, en espiritualizar y unificar las ciencias empíricas por medio de los tesoros de la ciencia moderna. A mayor amplitud del contenido empírico, más seguros y ricos son los resultados de la inducción. Dado que en todas las épocas la filosofía ha hundido sus raíces en los intereses espirituales de cada período, así pues, en el tiempo presente tiene que hundirlas en la ciencia natural y en la historia; sólo así tendrá el derecho de esperar que el público educado recupere el interés que ha ido perdiendo por la filosofía.